

Guatavitismo en Villa de Leyva

INHÓSPITO SOCRÁTES GRILLO

La vida de un mercado campesino no se simula ni se suplanta con vigas, techos, arcos, escalinatas, sótanos y columnas. Un mercado no es un centro comercial, ni disponiendo puestos de venta de productos en una superficie arquitectónica techada se construye un mercado.

Recordemos entonces el origen del fenómeno de mercar, que no es solo, ni principalmente, comprar y vender. En un pueblo y sus alrededores, por supuesto, hay gente que cultiva unos alimentos y fabrica bien unas cosas, y que necesita aquellas que otros producen, igualmente interesados en hacer intercambios. Del trueque pasan a la simbolización del valor de su trabajo por algo de valor común, y de ahí surge el invento del dinero. Para eso se reúnen, periódicamente, en algún sitio. Pero hay mucho más que los convoca: intercambiar noticias, romper la monotonía, crear cercanías sociales para compensar el aislamiento cotidiano de los campos, celebrar fechas de especial significado colectivo, asistir a rituales religiosos o laicos, planificar, recomponer liderazgos. En resumen, vivir.



Dos aspectos de la maqueta del proyecto del nuevo mercado de Villa de Leyva.

“Con la función comercial como pretexto, la práctica de mercar soporta la reunión de la comunidad para intercambiar noticias, romper la monotonía, crear cercanías sociales para compensar el aislamiento cotidiano de los campos, celebrar fechas de especial significado colectivo, asistir a rituales religiosos o laicos, planificar, recomponer liderazgos”.

La vida comunitaria como un todo se juega en un mercado, y por eso la plaza del pueblo, que arquitectónicamente simboliza la vida de la comunidad, es un lugar abierto, disponible para todos, sin distinciones de clase, edad, raza o género, gratuito y de libre acceso. De ahí que se mercara, usualmente, en la plaza. También en la plaza se bailaba o baila, se hace manifestación política, se toma, se coquetea, se descansa, se lee el periódico, se da de comer a las palomas, se saborea un helado, se mira pasar gente. Lo mejor de una plaza central y de una plaza de mercado es que son espacios multimodales, flexibles, abiertos para todo. ¿Nuestro futuro “patrimonio” será que ya no sepamos comportarnos como personas, con tiempo de interesarse mutuamente, construyendo vida social, sino “yendo al grano”: cumpliendo con un eficiente y breve intercambio monetario? ¿Eso queremos?



Imaginemos parqueaderos subterráneos en los que no cabrán camiones —¿y no se decía que la plaza era para sus usuarios, los camioneros por ejemplo, las familias que vienen en esos camiones a ofrecer sus viandas?—; pensemos que los puestos de venta serán ofrecidos por el municipio a un mayor costo, no serán gratuitos, y su arriendo no justificará la traída de los productos, ni la presencia de los agricultores nativos; habrá traumatismo en calles no diseñadas para soportar los pesos de los materiales que se meterán al sitio de la obra; la población usuaria y ofertante de productos será reemplazada por población de mayor capacidad económica; surgirá una nueva estética de los espacios y los tiempos como consecuencia de la exclusión de la población original; la organización del espacio arquitectónico estará en manos de un administrador, y ya no reflejará el acomodo creativo, cambiante, caótico pero vivo de la gente de la zona, sino que cumplirá el criterio de la exhibición “impecable”, “limpia”, “aseada”, “ordenada” y efectista. En resumen, todo será una farsa.



¿Los sociólogos llamarían “gentrificación” a todo esto? Como cuando construyeron la nueva Guatavita. El fenómeno se llama *guatavitismo*; es diplomático y legal, pero violenta poblaciones y genera desplazamientos. Todo reducido a su menor valor: ¿es eso conservar o mejorar un patrimonio? ¿Es una cosa mejor, solo por ser más moderna, costosa, lujosa? ¿Menos no es a veces más? ¿Qué más se nos ocurrirá falsear, argumentando que sería más “funcional”?



¿Podemos apresurarnos menos, pensar mejor cómo invertir esos recursos en ese u otros proyectos que partan de consideraciones sociales más que de criterios de “modernización”, para que sirvan a la sostenibilidad cultural, en vez de maquillarla? ¿Para quién, en realidad, se está proponiendo esa plaza? ¿Para el pueblo, para todo el pueblo?

Siguiente →



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

El patrimonio de Ráquira

DIEGO CASTAÑEDA
*Vigía del Patrimonio

Ráquira extiende su mirada desde la laguna de Iguaque hasta la laguna de Fúquene; recorre corredores geológicos, integra paisajes, y observa la coevolución geobiótica-cultural.

Patrimonio es el valor que se transmite de una generación a otra, que se ha recibido como herencia y que, seguramente, se podrá legar a las siguientes generaciones. Los conceptos de identidad, reconocimiento, memoria colectiva, cultura y herencia son una construcción social; son elementos básicos esenciales para definir el *patrimonio*.



Las personas de Ráquira están de acuerdo en que las dificultades los identifican y distinguen de otras personas de otros municipios. Las dificultades que a diario viven promueven el entrelazamiento, la cercanía y la reciprocidad. Los raquireños somos “una misma familia” que ha sabido sortear los embates neocoloniales.

Desde Ráquira reconocemos que el *patrimonio* son las personas creadoras y portadoras de las manifestaciones culturales. El primer patrimonio por cuidar es la *vida*, y reconocemos que debemos rescatar la memoria colectiva, especialmente la de las mujeres. La comunidad es quien define cuándo y cuál *patrimonio* venerar.

El trabajo colectivo de las comunidades da como resultado un patrimonio ligado a la cotidianidad; de esa forma, entonces, existen buenas posibilidades de convertirse en un elemento de desarrollo y progreso dentro de sus contextos y territorios.



La bóveda celeste y el clima; las colinas, cajones, los páramos de Rabanal y el Robledal; las cascadas, las cercas de piedra que se extienden como serpientes, la campana del diablo, el observatorio astronómico muisca (patio de la brujería), el desierto de La Candelaria, los caminos de los cargueros, los puentes de madera, la casa del molino, la historia de los artesanos y de la artesanía, la arquitectura urbana y la rural, el sistema económico, el manejo del agua, los secretos de culinaria para tiempos difíciles, la producción artesanal del licor minche y la música carranguera son manifestaciones del patrimonio de los raquireños, entrelazadas a sus almas hechas de barro.

Recordemos que las provincias han sido reconocidas histórica y culturalmente desde 1886, y Fals Borda en la *Guía Práctica del Ordenamiento Territorial en Colombia: Contribución para la Solución de Conflictos* (1998) las define como coordinación de municipios que combinan proyectos, recursos y voluntad política. Pueden asegurar el buen gobierno en un nivel superior y más amplio de espacio territorial, donde las comunidades ejercen funciones sociales ligadas a la economía, la cultura y el medio ambiente.



Ráquira es un área privilegiada para la observación de eventos astronómicos y fue utilizada como tal por los grupos indígenas prehispánicos, con elementos culturales indígenas que permanecen en la población actual, representados en algunas muestras de cerámica, tejidos y gastronomía, entre otras. En la propuesta presentada a la Organización de Naciones Unidas para la Ciencia, la Educación y la Cultura, UNESCO, en el año 2012, para incluir la parte sur de la Provincia de Ricaurte en la Lista Indicativa del Patrimonio Cultural y Natural, Ráquira no aparece; sin embargo, nos queda la capacidad de adaptación y resiliencia.



*El *Programa Nacional de Vigías del Patrimonio* del Ministerio de Cultura es un servicio voluntario de la sociedad civil. Nació en 1999, y cuando le preguntaron al nobel de literatura Gabriel García Márquez sobre el nombre del grupo dijo: “¡Vigías del Patrimonio!, ya que el vigía es aquel que está en el faro... ¡y cuida el horizonte!”... Los jóvenes están llamados a hacer parte de este grupo.

← Anterior | Siguiente →



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

Patrimonio incómodo

JAIRO BARBOSA NEIRA

Pareciera que el estigma del patrimonio nacional es el menosprecio, la no valoración de lo que significa, por ello resulta fácil ponerle precio, traficarlo, venderlo al mejor postor. Durante mucho tiempo la práctica del saqueo, la g.uaquería, se constituyó en algo común y aceptado, en un *modus vivendi* y si bien está prohibida y se penaliza, se sigue dando de forma clandestina y se “comercializan” piezas de arte precolombino como si nada. Pero hay otras formas de saqueo, de expolio, de atraco, de dilapidación desde el poder, algunos ejemplos históricos y del presente sobre el manejo arbitrario de lo patrimonial. En 1892 el entonces presidente de Colombia, Carlos Holguín Mallarino, como si fuera suyo, le regaló a la reina de España de esa época, María Cristina de Habsburgo, un tesoro quimbaya; Enrique Peñalosa, durante su segundo periodo como alcalde de Bogotá (2016-2019), propuso urbanizar parte de la Reserva Natural Thomas Van der Hammen y por poco lo logra. En este momento, en Villa de Leyva, se debaten temas como lo que ocurrirá con la plaza de mercado o el Museo Ricaurte en vías de extinción, lugares de gran importancia cultural patrimonial. Y así, hay un sinnúmero de ejemplos lamentables que ratifican esa desvalorización de la riqueza patrimonial, cultural y natural, circunstancias que bordean el absurdo, que rayan en lo contranatural.



Gachantivá viejo, ¿condenado a desaparecer?

El valle de Zaquencipa no se salva de este estigma. Se trata de un lugar que reúne las condiciones para albergar la posibilidad de ser reconocido como patrimonio mixto, natural y cultural de la humanidad —como lo constata el expediente Unesco, realizado por el Ministerio de Cultura de la mano de la Fundación Natura y la Fundación Erigaie (2012-2016), que buscó la declaratoria mundial para los municipios de Arcabuco, Chíquiza, Villa de Leyva, Gachantivá, Santa Sofía, Sáchica, Ráquira, Tinjacá y Sutamarchán— pero, pese a los encantos naturales y riqueza cultural de la región, el detrimento de muchos de estos atributos es notorio. Posiblemente el fenómeno se debe a la falta de políticas claras y de educación sobre lo patrimonial, a la no asignación de recursos suficientes y, por supuesto, a la permisividad de las autoridades, tanto de las instancias locales, departamentales y nacionales. En adición, los intereses económicos y comerciales contribuyen al colapso patrimonial: al ser Villa de Leyva destino turístico inevitable debido a su denominación como patrimonio arquitectónico de la nación desde 1954, la transformación paulatina de la ciudad y el incontrolable crecimiento inmobiliario desdican y afectan esa condición. El desierto de La Candelaria, donde reposan vestigios paleontológicos de sumo interés mundial, ya tiene varias rutas de cuatrimotos. Las ruinas de Gachantivá Viejo, el rastro del más importante pueblo de indios de la región, no tienen doliente; su posesión está en un litigio que día a día las deteriora más.



Las ruinas de Gachantivá viejo, sin doliente

Esos son apenas unos cuantos ejemplos del abandono y desconocimiento del gran patrimonio material, por no hablar de las tradiciones, técnicas y saberes que se remontan a la época precolombina y que han ido desapareciendo sin que nadie se inquiete.

← Anterior | Siguiente →



Históricos

Descargar



Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

Nuestro territorio, nuestra Casa

MAURICIO ARDILA
Chihizha Kyhyna Chyky

Es difícil imaginar el paisaje físico, cultural y espiritual del valle de Zaquencipa alrededor de Villa de Leyva antes de la llegada de los invasores europeos. Siendo este pueblo el único español en la región, desde su fundación en 1572 ha mantenido una relación con su entorno alejada de su pasado ancestral muisca. No en vano, entonces, se han dedicado muchos más recursos a salvaguardar su pasado histórico colonial que a recuperar, cuidar y valorar las relaciones ancestrales y reconocer su función dentro del territorio.



A pesar del pillaje, el genocidio cultural y la imposición religiosa de las dictaduras espirituales que eventualmente se transformaron en un mestizaje campesino, quedan todavía rastros de esa relación especial con el territorio a veces guardadas en las comidas, en las historias mimetizadas de santos y cruces, y en algunas piedras con petroglifos y pictografías regadas por la región, testigos de la importancia de este territorio por miles de años.

Al ser este lugar la cuna del mito de origen muisca, guarda en él las ordenanzas para un buen vivir. Es en el territorio, más allá de solo la laguna, en donde se pueden leer esas ordenanzas, esos consejos. Por eso es indispensable cuidarlo. Más allá de un patrimonio histórico, los lugares, el territorio entero, está vivo hoy.



Las lecturas del territorio se vienen realizando por muchos años, igual como se hacía antiguamente por nuestros ancestros. Han sido el fruto de un proceso de resignificación que ha incluido la recuperación de la lengua ancestral, el cuidado personal, de familias, del espacio, y el reconocimiento de un tejido que trasciende lo local. En este proceso, hecho con mucho rigor, han participado otros pueblos indígenas, de muchos lugares del mundo, con quienes se ha tejido la memoria del territorio que nos permite leer las ordenanzas de nuestra Ley de Origen y llevarlas a gobernanzas propias hoy.

A diferencia de la mirada legal desde el patrimonio y su cuidado, donde se reconocen ciertos elementos como ítems que hay que cuidar y salvaguardar y excluye otros, la relación ancestral con el territorio reconoce todas sus relaciones. Todo se debe cuidar. En un territorio, todo tiene una función, todo tiene una razón de ser, y todo está en relación. Al igual que un cuerpo, no se le puede cuidar solamente reconociendo algunos elementos. Como si se pudiera cuidar todo el cuerpo tan solo cuidando el iris del ojo, o algunos órganos, descuidando el resto del cuerpo. Desde el pensamiento ancestral, cada piedra, cada árbol, cada planta, cada persona, cada agua, en fin, todo, es parte fundamental del territorio.

El territorio es un espacio, contenedor, cuerpo vivo donde se manifiestan y viven las relaciones entre todo lo que lo compone. Todo influye y está influido por cada elemento del territorio. Y a su vez, todos los territorios están conectados, como órganos de un solo gran cuerpo: el universo. Cuidarlo, entonces, requiere mucho más que simplemente identificar algunos elementos a los cuales se les asigna una importancia cultural, material o inmaterial mayor que a otros elementos.



Más importante aún, los lugares se relacionan entre sí a través de sus funciones particulares. En un territorio, hay lugares para entrar y saludar, para salir, para reunirnos a llegar a acuerdos, etc. Hay lugares a los que no se debe ir, cuyo cuidado depende de dejarlos quietos. Todos están tejidos entre sí para garantizar el bienestar de todo el territorio. Para todo hay una "oficina". Reconocer estas funciones es un trabajo de años, de una lectura que generalmente se consulta entre varias personas entrenadas para ello.

En esa consulta también aparece el qué se debe hacer para su cuidado. Saber las funciones de los lugares es supremamente importante, pues permite hacer los trabajos tradicionales en los lugares para ello. En muchas ocasiones, quienes desconocen tales *misiones*, terminan haciendo todo tipo de intervenciones, físicas, espirituales, económicas, etc., en lugares que no son los apropiados, y terminan enfermando todo el territorio, todo el cuerpo.

Como este es un territorio de origen, nos ha permitido consultar los pilares para el orden del todo. Son fundamentos esenciales, muy básicos, que trascienden las formas, las religiones, las etnicidades. Son, en esencia, la manera de cuidar todo. Ordenanzas para todo por el bien de todo. Al tomar esas ordenanzas y llevarlas a lo práctico en cada territorio, las convertimos en gobernanzas, la manera de aplicarlas en el día a día, con lo que nos corresponde acá: nuestras medicinas, nuestro alimento, nuestras relaciones con el territorio.



Entre esas ordenanzas quisiera compartir una que nos permite cuidar cualquier relación, todas las relaciones, no solo entre humanos, sino con todos los elementos del territorio. Toda relación se debe cuidar desde los siete estados del primer acuerdo, del acuerdo de origen. Estos son: Honestidad, Humildad, Respeto, Sabiduría, Fortaleza, Amor y Verdad.

Estos siete estados nos permiten cuidar, desde el individuo, a nosotros mismos, a la pareja, a la familia, a la comunidad, los frailejones, eso que llaman el patrimonio cultural, el vecino, la comunidad, los animales, las plantas, la memoria. Todo el territorio. Suponen una visión comunitaria. Es decir, no parten del ego por el bien personal. Se ve el bien del individuo regido por las ordenanzas del bien común, del bien del todo. El cuidado desde esos siete estados implica que las relaciones no pueden ser utilitarias. Por ejemplo, cuido los petroglifos y los pictogramas porque me permiten tener un recaudo económico desde la actividad turística. Cuido el agua porque la necesito. Es desde esos siete estados que podemos/debemos tejernos con el territorio y nos reconocemos parte de él.

Este territorio nuestro es de particular importancia por ser de origen, donde las ordenanzas que llevan a ese bien mayor están guardadas. Es imprescindible llegar a estas ordenanzas desde la lectura y no desde la interpretación personal, lo cual requiere el cuidado no solo de los lugares, sino de todos los elementos del territorio. Aunque es bienvenido el intento de cuidar desde las leyes del patrimonio, el verdadero cuidado sucede cuando se cuida la palabra, el pensamiento, el vecino/a, las piedras, etc. desde esos siete estados de origen. Esto implica revisar nuestras relaciones. Cada una de ellas. Finalmente, hay que tener la humildad de saber desde dónde puede un individuo cuidar. Si su función es cuidar desde la lectura, habrá que prepararse para ello con rigor. Si no es así, siempre se puede cuidar si aplicamos esos siete estados a nosotros mismos, a nuestras familias, a nuestra agua, a nuestro alimento, pues todo eso también es parte de nuestra Casa.

← Anterior |



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete